

Temas

VOLVIENDO A LA CASA PASTORAL DE LAS MUJERES

AUTORA: ELISABETH COOK

La contribución de las mujeres a la sociedad, la economía, la política y muchas otras áreas de la vida de nuestras comunidades, iglesias y países, en gran parte se excluye de las historias oficiales. Estas historias, los "grandes sucesos", dependen del trabajo de las mujeres, en especial el trabajo en el hogar. Este no solo no es remunerado, sino que es invisibilizado. Se dice reiteradamente que la familia es la base de la sociedad, pero el papel de las mujeres, muchas de ellas jefas de hogar, en este espacio, se da por sentado. Me refiero aquí a la vida cotidiana de las mujeres - hermanas, madres, hijas, esposas, tías, abuelas - sus experiencias y capacidades, y su aporte a la familia, la sociedad y a su propio desarrollo personal, hechos que no son contados o recordados fuera de los círculos inmediatos.

En tiempos de pandemia, hemos vuelto al hogar para la protección de nuestras familias y nuestros países. Ha representado un cambio dramático en la vida de todas y todos, pero de manera particular para las mujeres. Los diferentes espacios que muchas mujeres hemos ocupado en horarios diferenciados - el trabajo, la casa, el estudio, las amistades - ahora se unen en un solo lugar. Las tareas se multiplican y con ello la necesidad de recurrir a estrategias para manejar este desafío, junto con los retos

económicos, de salud, y otros que enfrentan muchas familias, y reitero, un gran número de ellas a cargo de mujeres.

En los medios de comunicación escuchamos de las medidas que están tomando los gobiernos para afrontar la crisis, la situación en los centros de salud, la distribución de alimentos y ayudas, los nuevos casos, los lamentables fallecimientos. Estas son las historias, los datos, los registros oficiales. La vida familiar, donde se vive la resiliencia, la resistencia, el cuidado, la espiritualidad, el dolor, la violencia, la escasez, no se registra, a no ser como datos estadísticos sin cuerpo, sin piel, sin rostro. Para conocerlas, hay que buscar, escuchar, poner la mirada en otro lugar y de otra manera, para poder sacarlas a la luz y convertirlas en parte de nuestra historia.

Este cambio intencionado de mirada hacia las historias de vida y lucha de las mujeres, a sus aportes desde el hogar, también es necesario a la hora de leer la Biblia. Quiero referirme aquí al Antiguo Testamento en particular, un conjunto de libros en el que se plasma la vivencia del pueblo de Israel. Si bien en las últimas décadas las lecturas de género han resaltado la presencia y protagonismo de mujeres en el Antiguo Testamento, los textos mismos nos dicen muy poco sobre su vida cotidiana.

Y lo que sí nos cuenta el Antiguo Testamento está mediado por la perspectiva y los intereses del contexto patriarcal en el que surgen estos textos.

Si leemos “entre líneas”, sin embargo, con la ayuda de estudios históricos y arqueológicos, salen a la luz dimensiones importantes de la vida cotidiana de las mujeres y de su protagonismo en este espacio al que hoy estamos tan vinculadas y vinculados: la casa. Cuando hablamos de casa en el mundo del Antiguo Testamento, no hablamos de paredes y techo, sino de los elementos que la componen: la familia extendida, los espacios de vivienda y producción de alimento, los campos de cultivo y los implementos necesarios para la vida. La subsistencia en estos contextos implica tanto el trabajo en el campo como la conversión de los productos agrícolas en alimento, vestimenta, medicamentos y muchas otras necesidades. Estas son tareas especializadas de las mujeres. La división entre lo público y privado que hacemos hoy es ajena a estos contextos. Para gran parte de la población, la casa, la familia, es el espacio en el que se produce la economía y subsistencia familiar en todas sus dimensiones. Las mujeres asumen en este espacio un rol fundamental e indispensable muy vinculado a sus cuerpos, la capacidad de dar a luz y de sustentar la vida.

En el mundo del antiguo Testamento, los hijos aseguraban el futuro de la familia. El nacimiento y el cuidado de los hijos no era asunto tangencial, sino primordial para la sobrevivencia del grupo. Las mujeres asumen este rol con ahínco, combatiendo con sus saberes locales las amenazas propias de su entorno: el hambre, la enfermedad, la muerte prematura de sus hijos e hijas.

Era propio de dicho entorno identificar estas amenazas con malos espíritus, el mal de ojo, o el enojo del dios de la familia. En el espacio de la casa, las mujeres defendían la vida, como nos cuenta Maacá, una mujer israelita.[1] Las sabidurías de las mujeres, de la familia, quizá sean otras hoy, pero la búsqueda de protección, salud, y cuidado, no son tan distintas.

Aquí hay unos amuletos que guardo en la habitación de mis niñas y niños. Son para protegerlas/os del mal de ojo y de los demonios que traen enfermedades, ¡hay algunos demonios que incluso roban niñas/os! Esta figura de una vaca que da de mamar y las figuras de mujeres de grandes pechos, son peticiones a los dioses para que mi leche, la que mis bebés necesitan, nunca falte. Me gustan mucho las cosas rojas, porque son especialmente poderosas contra los conjuros y los malos espíritus. Aquí en la esquina que he arreglado bien bonita, quemo incienso para los dioses y también para nuestra/os ancestros, que nos cuidan y nos mandan bendiciones; a veces les pongo algo para que se alimenten - algo rico de lo que he cocinado para mi familia ese día.

En Jeremías 44 encontramos una disputa muy interesante entre el profeta Jeremías y unas mujeres. Ellas y sus familias habían huido a Egipto por motivo de la destrucción de Jerusalén en manos de Babilonia. Jeremías les exhorta, diciéndoles que su situación es consecuencia de haber abandonado a Dios para adorar a la Reina de los Cielos. Las mujeres responden con otra lógica, la lógica de la sobrevivencia, del hogar, de la familia. Rechazan el discurso de Jeremías y señalan que, al contrario, bajo el cuidado de la Reina de los Cielos “nos hartábamos de pan, nos iba bien, y no conocíamos

[1] Reconstrucción con base en investigaciones arqueológicas e históricas.

desgracia" (44.17). Hoy, en cambio, dicen las mujeres, pasamos hambre. Este texto es llamativo porque es una de las pocas veces que escuchamos a las mujeres contradecir abiertamente a un profeta. Ellas argumentan con una lógica que no es la del estado, ni siquiera del culto oficial. La historia que narran no es la de los reyes, sino la de su familia, sus hijas/os, sus abuelas/os, la casa en la que ahora tienen hambre y se enfrentan a la espada y la muerte. Nuestra comprensión de Dios, del hambre, la enfermedad, es muy distinta hoy a la que se refleja en Jeremías 44.

Sin embargo, el texto nos habla de dos perspectivas, dos visiones de mundo. Jeremías no tomó en cuenta la fortaleza de estas mujeres en su lucha por la vida de sus familias. Así, en nuestros hogares hoy, donde se viven experiencias límite tanto de gracia como de desgracia, resaltemos las luchas de las mujeres. Contemos las historias de resistencia y si, de violencia, que vivimos cotidianamente. En las casas, mujeres - y hombres - desafían el sistema político, y también religioso, que en tiempos de pandemia se revela como más frágil, más inhumano de lo que habíamos pensado. Sus historias, sus luchas, en las cuales se hace presente el Dios de la vida, deben formar parte del "registro oficial" de la pandemia COVID-19.

AUTORA:

Elisabeth Cook Docente de la Escuela de Ciencias Bíblicas y Rectora de la Universidad Bíblica Latinoamericana en San José, Costa Rica. Cuenta con una Maestría en Ciencias Bíblicas de la UBL y PhD en Teología y Religión de la Universidad de Exeter.

PASTORAL DE LAS MUJERES



CENTRO EVANGÉLICO DE ESTUDIOS PASTORALES EN CENTRO AMÉRICA

8va. Ave. 7-57, zona 2, Ciudad de Guatemala, Tel.: (502) 2254-1093

Contacto:

www.cedepca.org	I	dleal@cedepca.org
cedepca@cedepca.org	II	bcarrera@cedepca.org
Fb: cedepca	III	pliquez@cedepca.org

En Costa Rica:

rcascante@cedepca.org